

Navidad de 2014
XVI CERTAMEN DE RELATOS BREVES DE NAVIDAD

La tía Sonsoles

PRIMER PREMIO

BÁRBARA SANCHIZ CAMESELLE

La tía Sonsoles es una idiota y odio que venga en Navidad, pero es la única solución. Ocupa casi tanto como un árbol, lleva pendientes de bola enormes, ropa brillante y solo aparece en la cena de Nochebuena. Ahora ya no viene a cenar con nosotros, desde que le tiré un trozo de turrón del duro, ya no viene. Jo, cómo chillaba. No sé por qué lo hice. Solo sé que me dieron ganas y lo hice. Le di en todo el ojo. *¡Me ha sacado el ojo!*, gritaba. Jo, me asusté muchísimo. No sabía que

el turrón del duro pudiera ser tan peligroso ni tampoco que se pudiera chillar tanto. No sé cómo chillan los rinocerontes, pero seguro que chillan como la tía Sonsoles. Mamá me dio un bofetón, papá fue a buscar hielo y el bobo de Nico se puso a llorar. Yo estuve a punto, sobre todo cuando la tita Tatu, súper seria, me dijo: *Julieta, llévate a Nico al cuarto y quedaros allí hasta que yo vaya*. Le hice caso, a la tita siempre le hago caso. Así que llevé a Nico al cuarto y nos quedamos allí escuchando cómo la tía Sonsoles chillaba y decía que era una maleducada todo el rato. Claro, lo decía por mí.

La tita Tatu no es como la tía Sonsoles. Tenemos un saludo secreto chocándonos las manos que dura un montón, siempre nos hace galletas y nos lleva en tren al centro en Navidad. A mí me gusta mucho la Navidad, claro, menos cuando viene la tía Sonsoles. Jo, todo el rato nos mira abriendo mucho la nariz y nunca le gusta nada de lo que mamá cocina. Siempre dice que si el pavo está poco hecho, que si en casa del embajador por Navidad le ponen rodaballo al *puá...* Es imposible que un rodaballo esté más bueno que el pavo de mamá.

Yo pensé que ya nunca más veríamos a la tía Sonsoles. El año pasado sin ella nos divertimos muchísimo. Antes de cenar cantamos al lado del árbol los villancicos que Nico y yo habíamos ensayado con la tita. Bueno, yo, porque Nico solo tocaba la pandereta y luego papá también cantó con esa voz y mamá riéndose le tiró un cojín diciendo que era insufrible.

Luego en la cena nos comimos el pavo de mamá, que, como dijo papá, estaba en su punto, y mamá nos dejó coger el muslo con las manos para rebañarlo bien. Cuando viene la tía Sonsoles no podemos hacer nada de eso.

Jo, me dio mucha rabia cuando me dijo mamá que este año iba a venir otra vez. Que si se me ocurría portarme mal me iba

a acordar toda la vida del guantazo que me daría. Yo me quejé diciendo que por qué tenía que venir y mamá contestó que las hermanas tienen que verse en Navidad. Jo, menuda tontería. No entiendo por qué tiene que venir precisamente en Navidad, con la cantidad de días que hay en el año. No es justo. Incluso papá decía que tenía que venir. El otro día escuché que le decía a mamá que la tía Sonsoles era la única solución. Entonces me acordé de las soluciones de la profe de mates y, a pesar de imaginarme a la tía Sonsoles haciendo sumas todo el rato, no se me ocurrió qué solución podía ser.

Desde que papá se quedó sin trabajo ahora siempre hablan de bancos en la mesa muy serios. También hablan de la tía Sonsoles y entonces a mí me dan ganas de vomitar. Yo siempre pregunto, pero siempre me contestan que no pasa nada, que eso son asuntos de mayores. Yo me hago la tonta, pero me entero de todo y creo que los del banco se van a venir a vivir aquí con nosotros. No sé dónde. Si acaso uno, uno sí. Uno podría usar el sillón donde alguna vez se queda la tita. Entonces la tita podría dormir conmigo y sería genial, porque la tita Tatu es genial. Yo de mayor quiero ser como ella y hacer galletas con trozos de chocolate, que están riquísimas. Los sábados que viene, nos pasamos toda la tarde mamá, la tita y yo cocinando postres. *Experimentando*, como dice la tita. Entonces Nico y papá ponen en el DVD La Pantera Rosa, que también me encanta, pero me gusta muchísimo más hacer galletas.

El sábado pasado, experimentando un postre para Nochebuena, papá me llamó porque salía mi escena favorita. Cuando volví a la cocina pillé a mamá llorando y abrazando a la tita. Enseguida se secó las lágrimas con el delantal. Pregunté que qué pasaba y la tita me dijo que las cebollas esta vez eran realmente picantes y luego me guiñó un ojo y me dijo que era hora de

nuestro saludo. Yo lo hice, porque siempre hago caso a la tita Tatu, pero no me apetecía.

Jo, no me gusta ver a mamá llorar ni siquiera por las cebollas. Además allí no había cebollas por ninguna parte. Fue cuando paré de chocar las manos, la miré y dije que no era por las cebollas. Entonces la tita Tatu me abrazó súper fuerte y me dijo que qué mayor estaba ya, que no me preocupara, que todo estaba bien y que pensara en la lista de Reyes. Se me ocurrió que mamá lloraba por tener una hermana como la tía Sonsoles. Porque yo tengo a Nico, que la mayor parte del tiempo es bobo, pero alguna vez jugamos juntos. Y papá tiene a la tita Tatu. Con una hermana como la tía Sonsoles es normal llorar. Yo lloraría todo el día.

El día de Nochebuena, mamá andaba como histérica cocinando, papá la ayudaba y la tita Tatu vino muy pronto también para hacer un brazo de gitano. Según decía mamá era el postre que más le gustaba a la tía Sonsoles. Papá le decía que lo mejor era que hablase con la tía Sonsoles en el aperitivo. Mamá decía que no, que en los postres. Luego me fulminó con la mirada y dijo que si a ésta, por mí, claro, le da por tener las manos quietas, todo iría bien. Esta vez no pensaba tirarle nada a la tía Sonsoles. Por más ganas que me diera lanzarle algo, no lo iba a hacer. Como dice la tita Tatu, ya soy más mayor y me puedo aguantar perfectamente.

Jo, cada año era más grande. Cuando llegó se quitó el abrigo de oso y mamá la abrazó muy fuerte, aunque ella estaba más tiesa que una farola con tripa. Nico y yo también estábamos bien tiesos detrás de la tita Tatu. *Dar un beso a la tía Sonsoles*, dijo rápido mamá. Odio dar besos a la tía Sonsoles. Primero fue Nico, que se puso de puntillas y la tía Sonsoles se agachó como los elefantes del zoo. Luego me miró con su cara de rinoceron-

te y yo dije lo que había ensayado con la tita Tatu: *perdón, tía Sonsoles*. Y lo dije sin poder dejar de mirar el ojo, que no estaba caído ni nada de eso. *Te perdono*, me contestó la tía acercándose a lo elefante también a mí. Me puse de puntillas con miedo de que una bola enorme que le colgaba de la oreja me diera un golpe mortal. Pero la tía Sonsoles me dio un beso muy rápido, como si yo también le diera miedo. Luego mamá dio unas palmadas y dijo que fuéramos al salón a tomar el aperitivo. Miré a la tita Tatu y ella me sonrió antes de decirme: *muy bien*. Mamá sacó unas cervezas y un poco de vino para la tía Sonsoles. Estábamos bastante contentos todos, incluso la tía Sonsoles. Pero la que más mamá. Hablaba sin parar de las buenas notas que habíamos sacado en el colegio y esas cosas. La tía Sonsoles movía todo el rato su cabeza de rinoceronte diciendo que eso era lo que tenía que ser. Papá daba codazos a mamá, pero ella no le hacía caso y no paraba de hablar muy rápido.

Luego fuimos a la mesa. Papá se puso en su sitio, mamá se sentó a su lado y enfrente la tía Sonsoles. A mí me pusieron en la otra esquina, bien lejos. Me imaginé que era por si me daban ganas. Pero esa noche no pensaba tirar ningún turrón.

De primero mamá había comprado langostinos. Me quedé con la boca abierta cuando vi a la tía Sonsoles pelarlos con cuchillo y tenedor. Luego me fijé en que mamá también comía los langostinos así. Me dieron ganas de probarlo. Jo, pero era difícilísimo. Imposible. Y si lo era para mí, imagínate para Nico, que todavía se pringa con las lentejas. La tita Tatu se estaba partiendo de risa mirándome. Ella se los pelaba a Nico con las manos y me puso una cabeza en los labios para que la chupara. Luego me dijo al oído que era más divertido comerlos con las manos. Y la verdad es que tenía razón. La tía Sonsoles no paraba de hablar con mamá de un viaje que había hecho a África. Papá les

decía algo de vez en cuando. Así que nadie se fijaba en cómo comíamos. Cuando mamá sacó el pavo, todos dijimos un *oh*, incluso la tía Sonsoles. Y a pesar de que también este año dijo que estaba poco hecho, la tía Sonsoles no dejó ni una piel en el plato. Entonces llegó la hora de los postres.

La tita Tatu colocó el brazo de gitano en el centro y mamá se encargó de que la bandeja de turronecillos estuviera bien lejos de mí. Jo, me puse un poco furiosa por no poder alcanzar los de chocolate, pero mamá, papá y la tita estaban tan serios que me dio hasta miedo pedir uno. Cuando tuvimos un buen trozo de brazo de gitano en los platos, el más grande para la tía, mamá comenzó a hablar de lo de los bancos. La tía Sonsoles escuchaba con atención mientras se llenaba su gran boca con el pastel. No parecía que le estuviera gustando mucho, porque ponía la misma cara de asco que Nico cuando le obligan a comerse el puré de verduras. Mamá hablaba despacio de lo de la casa y papá daba toquecitos muy rápidos con el dedo en el mantel. Pero la tía no decía ni *mu*, solo se comía el brazo de gitano con cara de asco. Nosotros no, nosotros mirábamos a la tía Sonsoles, menos Nico, claro, que nunca se entera de nada y ya tenía nata por todas partes. Entonces mamá se calló. Y todos en silencio miramos a la tía Sonsoles, que por fin se había acabado el brazo de gitano. La tía Sonsoles se limpió las esquinas de los labios y después empezó a doblar muy despacio la servilleta sobre el mantel. Mamá manoseaba un polvorón. Lo primero que dijo la tía Sonsoles fue que la nata del bazo de gitano no estaba bien montada. Luego miró a mamá y le dijo que no podía ayudarnos, que en su momento mamá eligió y que se atuviera a las consecuencias. Entonces mamá se puso súper seria, miró con odio a la tía y le tiró el polvorón con muchísima rabia. También le dio en todo el ojo. La tía Sonsoles se puso tan roja que parecía un

rinoceronte furiosísimo a punto de explotar. Casi se cae al levantarse de la silla. Luego sin decir nada agarró el abrigo de oso y se fue dando un súper portazo.

Todos nos quedamos sentados, muy callados y con la boca abierta. Entonces mamá se puso a llorar y Nico también. Papá cogió la mano de mamá, diciéndole que ya nos apañaríamos. Y mamá se calmó un poco mirándonos a Nico y a mí de reojo. Aunque a mí también me dieron ganas de llorar, no podía dejar de pensar en el polvorón, en el ojo morado que se le iba a quedar a la tía Sonsoles y que si a mamá le habían dado ganas, no había nada que hacer. Entonces la tita Tatu dijo, así, en bajito: *¿Habéis visto qué cara ha puesto?* Todos nos miramos y de repente mamá se puso a llorar otra vez o a reír o las dos cosas a la vez. Papá empezó a reírse mirando a mamá y la tita Tatu también. Entonces todos nos reímos mirando a mamá, incluso Nico. Papá dijo: *de tal palo, tal astilla* y todos me miraron a mí y luego a mamá y se rieron más. Después yo me empecé a comer el brazo de gitano de la tita, que estaba riquísimo.

Navidad de 2014
XVI CERTAMEN DE RELATOS BREVES DE NAVIDAD

El hueso y la aceituna

ACCÉSIT

JUAN MANUEL SAINZ PEÑA

No presentaba aquella Nochebuena una estampa navideña al uso. Hacía frío, sí, pero las casas del pueblo no aparecían cubiertas por un ropón blanco. Tampoco, a Dios gracias, colgaban de los balcones esos horribles muñecos que imitan a Papá Noel subiendo a las casas (aún se busca al autor de perpetrar semejante idea para meterlo entre rejas, pero sin éxito hasta le fecha).

A veces, algún petardo atronaba a lo lejos y los perros ladra-

ban excitados, pero luego toda la villa quedaba sumida en un sereno silencio.

Segundo Quiñones se había sentado hacía un rato en un extremo de la enorme mesa que ocupaba gran parte del salón. Habían pasado muchos años desde que Aurora, su esposa, muriera, de modo que ahora, como cada año, observaba quedo el ir y venir de su hija Angustias y su yerno preparando los detalles de la cena. Los dos nietos estaban allí, claro, pero idiotizados por el teléfono móvil, apenas prestaban atención a lo que sus padres le decían, y si acataban alguna orden lo hacían sin dejar el teléfono, como si el dichoso aparatito formara parte de su anatomía o soltarlo pusiera en peligro el equilibrio cósmico.

Poco a poco la mesa se fue cubriendo de viandas, pequeños aperitivos, canapés, medias noches y todo ese tipo de cosas –servido por norma general en cantidades ingentes– de las que uno se atiborra antes de que a alguien se le ocurre decir eso de: “Haced un hueco, que ahora viene el pavo”, cuando nadie se acuerda ya del bicho ni malditas las ganas que quedan de meterse más comida entre pecho y espalda, cerveza o copa de vino va y viene mediante. Conforme pasaban los minutos y a pesar de que, como ya está dicho, la mesa era grandísima, con la llegada de los invitados, primos, cuñados, familia política y demás gente latosa, el mantel fue desapareciendo bajo una avalancha de platos de plástico forrados de papel de aluminio, fuentes de todos los tamaños, botellas, velas y otros adornos navideños. Detalles que, en cierto modo, ayudan a comprender el paso del tiempo, porque vemos las flores de Pascua o las velas rojas y nos damos cuenta de la cantidad de veces que esos adornos han sido testigos de otras *Nochebuenas*.

El abuelo recibió los besos de los que iban llegando, y el salón pronto fue un hervidero, un runrún de voces que dejaron al

moderno televisor de plasma convertido en un paria, en un invitado de segunda al que nadie hacía caso; ni a él ni a los chistes supuestamente graciosos que los humoristas de todos los años repiten hasta el hartazgo.

—Venga, todos a la mesa, que ya va siendo hora —anunció Angustias, a quien le encantaba eso de tener bajo control a todo el mundo (sus dos hijos y sus teléfonos eran una excepción).

—¿No ha llegado aún Jaime con Cuca y la niña? —preguntó Pablo, el yerno de Segundo.

—No. Estarán al caer —contestó su mujer entre el tintineo de las copas, las risas y el humorista de la tele, que seguía a lo suyo.

Sonó el timbre. Eran su nuera y su nieta. Su hijo, como siempre, estaría buscando un sitio para aparcar.

Aunque todos allí hubiesen sido ciegos y sordos, se hubieran enterado de la llegada de Cuca. Su perfume espesaba el aire y oprimía el ambiente. Allí estaba ella, tan exquisitamente vestida, tan bien peinada, tan... tan operada de todo. Nadie la tragaba.

El día que se muera esta mujer, pensó Segundo al verla llegar, no sabrán si enterrarla o mandarla a reciclar.

Vanesa, la nieta, imitaba en todo a la madre, claro que con treinta años de diferencia. Al menos lo que se veía era natural, aunque ya estaba hablando de retocarse la nariz.

Saludaron a todos con ese acento que ponen los tontos, pronunciando mucho la s, que queda muy fino y pareces de Madrid para arriba, aunque seas de Utrera o de Chipiona.

Pero todo el entusiasmo y todo el espíritu navideño que traían se diluyó como un azucarillo. Las tres sillas que quedaban libres flanqueaban al anciano. Cuca miró horrorizada a su hija, pero ésta atendía —también ella— al teléfono móvil, y se sentó junto a su abuelo dándole un beso tan frío como impostado.

—Buenas noches, Segundo —dijo la mujer con evidente desgana. El resto de los comensales apenas prestó atención a la escena, concentrados en pelar gambas, quitarle el pellejillo al lomo o averiguar qué canapé portaba el paté de roquefort para no tener la mala suerte de llevarse semejante emulsión a la boca.

Segundo no podía probar casi nada de lo que había para cenar. Se limitaba, pues, a mirar y tratar de escuchar los chistes verdes que su nieto Amaro contaba al otro lado de la mesa, mientras esperaba a que el consomé que su hija le había servido se fuera enfriando.

Al fin alguien tuvo la acertada idea de apagar el televisor y dejar al humorista con la palabra en la boca. A cambio ese alguien encendió el equipo de música y puso villancicos populares.

—Sí que tarda tu marido —dijo el anciano mientras probaba el caldo, sorbiendo no sin escándalo. Cuca no contestó, y Vanesa seguía pegada al teléfono, seguramente hablando con algún novio nuevo.

Sluurp... sluuuurppp.

A la mujer estaba a punto de darle un síncope. Trataba de evadirse hablando con los vecinos de silla, su cuñada y sus sobrinos políticos, pero lo cierto es que no le daban mucha cancha. En realidad, hablar con ella sobre tintes para el pelo, estiramientos de la piel o su último viaje por Portugal no era tema de conversación que apasionara a nadie.

Al fin llegó Jaime, y su esposa vio el cielo abierto. —Siéntate aquí, Jaime, junto a tu padre.

El hijo de Segundo vio la silla libre que había entre Cuca y el anciano, le dio un beso (al padre, no a la silla) y se sentó junto a él.

—¿Qué tal, papá?

—Bien, hijo. Aquí tirado de risa con tu mujer, que es la monda —dijo distraído, mientras seguía sorbiendo el caldo.

—Le he escuchado —soltó la nuera de repente, de muy mala gana. —Por favor —terció Jaime.

—Tu padre y sus gracias —lanzó Cuca, envenenada y en voz baja—. No le soporto.

—Haz el favor, es Navidad. —La voz de Jaime salió atemorizada, porque aquella mujer —su mirada más bien— destilaba odio, y su marido no quería que aquella noche se echara a perder.

—No pasa nada, hijo. No me sirve que tu señora se muestre amable conmigo solo porque sea Nochebuena. El problema es que le incomoda que haga ruido al comer, que mueva mucho la boca al masticar, como si fuera cosa mía, una manía de viejo. Hay gente que cree que la vejez es algo que nunca va a llegarles. Pero por mucha crema que se echen, por mucho que se operen las arrugas, si no pasa nada por el camino, la vejez llega. Vaya si llega.

Hablaba Segundo sin alterarse, llevándose la cuchara con el consomé a la boca y sorbiendo, para luego pellizcar un trocito de pan y seguir con la vista al frente.

—Ande, cómase usted una aceitunita, Segundo, a ver si se calla de una santa vez.

Dudó Jaime sobre si impedir que su padre se echarla la oliva a la boca, pues entrañaba el peligro del hueso, pero la mirada firme de su esposa apartó la idea y miró para otro lado.

Entonces ocurrió. Segundo tosió una vez, con suavidad, pero luego su atoramiento fue a más, y la tos se convirtió en un torrente ahogado y pedregoso que consiguió que todos los comensales enmudecieran alertados por lo que le ocurría al anciano.

—Papá...

Segundo señaló el plato con las olivas sin dejar de toser.

—¿Es el hueso, papa? —preguntó su hijo.

Más tos.

—Pero, ¿cómo se te ocurre dejar que papá coma aceitunas, Jaime? por el amor de Dios —le reconvino su hermana Angustias.

—Ha sido la tía Cuca, yo lo he visto —la voz de Ernesto, siete años, el más pequeño de los nietos, sonó inocente, pero la acusación bramó demoledora.

Todos los ojos —y no eran pocos— se posaron crispados sobre la esposa de Jaime, quien solo pudo tragar saliva a duras penas mientras rompía a sudar.

Seguía, en tanto, tosiendo Segundo, resbalándose en la silla, sofocado y cianótica la piel. La tos se convirtió en un gemido ahogado. Jaime, tras Segundo, fue a darle unos golpes en la espalda.

—Bebe agua, papá, bebe agua.

Pero el anciano, de repente, dejó de toser, se incorporó y dio un sorbito al vaso de vino de su hijo con una ligera sonrisa. Luego abrió la mano y dejó sobre el mantel el hueso de la aceituna que en ningún momento estuvo en su boca, y menos aún atorándole la garganta. Después se levantó despacio y, tranquilamente, se fue a su habitación.